

El viajero

Pepa Jiménez Calero

Manchester, la estimada ciudad

Acabo de regresar de Manchester. Iba con pocas expectativas, casi ningunas. Me imaginaba una ciudad poco entrañable, fría, excesivamente moderna. Y, sin embargo, ha sido todo un descubrimiento.

Nada más llegar al centro, sorprende la presencia de sus conmovedoras casitas victorianas, que parecen enmarcadas en una postal de colores añejos, ocres, tejas, bermellón. Callejones estrechos entre grandes avenidas. Manchester fue la capital británica de la Revolución Industrial, capital del algodón del siglo XIX. En sus fábricas trabajó el filósofo y revolucionario F. Engels, cuyo libro *La condición de la clase obrera en Inglaterra* conmovió al mismísimo Karl Marx. Hoy es una ciudad acogedora, una ciudad de músicos y cantantes donde no vi ningún intérprete callejero. Oasis, Simply Red, Take That, New Order y otros nacieron aquí.



Estamos en vísperas de Navidad. Las calles están llenas de puestos navideños, figuras de madera, bolas doradas, rojas, gnomos, velitas de vivos colores, gorros y enormes calcetines para recoger los regalos de Papá Noel. Huele a salchichas, a cerveza. De fondo, un villancico colorea el aire fresco de estas horas, recién anochecida. Son las cinco y media de la tarde.

Dentro de la catedral, un precioso edificio del Medievo, se mueven con diligencia un grupo de jóvenes preparando las mesas con manteles para alguna celebración. Un

hombre rubio, pecoso, toca el órgano con unos cascos puestos. Qué pena, sería una maravilla poder escucharlo. Es un lugar acogedor, elegante y atractivo que invita a quedarse. Visto desde fuera, me recuerda a una iglesia grande, gótica, de un pueblo en el norte de España. Rodeada de jardines, parece un alma solitaria frente a los rascacielos de enfrente.

Muy cerca de allí, en esta ciudad todo parece adorablemente cercano, se encuentra la Biblioteca Pública, con su estilo románico modernista, con sus mesas repletas de gentes estudiando u ojeando libros. Es un edificio circular, similar al Panteón del Emperador Adriano. Curiosamente, fue la primera biblioteca pública de Inglaterra.

Junto a este océano literario se encuentra el ayuntamiento, en Albert Square. Es de noche y el vestíbulo luce espectacular para los visitantes. Mi hijo y yo nos quedamos absortos en esta maravilla de columnas, estilo neogótico inglés, donde parece que en cualquier momento aparecerá un *lord* con su peluca blanca y su túnica. Me descubro a mí misma amando esta ciudad, con sus tiernos contrastes; edificios de hormigón y cristal junto a casitas de ladrillo rojo; con su historia: hace veinte años una bomba del IRA estalló en una zona del centro, hoy convertida en centro comercial alternativo.

Aquí vivió la inquieta y polémica escritora, por su biografía de Charlotte Bronte, por sus ideas sociales, por ser mujer, Elizabeth Gaskell, donde falleció. La autora de *Norte y Sur* o *Cuentos góticos* paseó por estas calles. En la fachada de su casa, 84 Plymouth Grove, una placa azul cielo la recuerda.

También vivió Anthony Burgess, el autor de *La naranja mecánica*.

“Te amé... Y quizás este amor no haya muerto en mi corazón, que nada te turbe, no quiero que nada te entristezca. Te amé en silencio y sin esperanza, en ocasiones casi muerto de alegría, en otras celoso. Te amé sinceramente... Y con tal ternura que ojalá dios permita que otro te ame así alguna vez.

Si ustedes dos, tortolitos, han terminado ya de darle a las mandíbulas, será mejor que nos pongamos en camino. Lamento que no haya tarta de bodas, pero no se puede tener todo. El embarque es a las diez. Ya les he pedido una máquina de turistas, como la

llaman ellos. Soborno, soborno, soborno. Con diez rublos vale. La corrupción será la ruina de este país”.

[Miel para los osos \(1963\)](#), Anthony Burgess.

Y dejo para el final la visita a la impresionante John Ryland Library. Caminando por Deansgate hacia el norte se llega a la zona financiera de Spinningfields. Y junto a ella, rodeada de edificios modernos, se encuentra la hermosa Biblioteca; un espectacular edificio victoriano de estilo neogótico del siglo XIX. El sol entra y sale. En la plaza donde se ubica la entrada, puestos navideños preparan café; huele a vino caliente especiado, a tarta de manzana. Un grupo de colegiales uniformados con chaqueta azul marino y corbata roja entran en la biblioteca. Parece el castillo de Hogwarts, con su ambiente oscuro, añejo, sus esculturas, sus vidrieras, sus cúpulas. Una auténtica delicia. Hasta los aseos femeninos son centenarios.

Aquí se encuentran manuscritos y obras incunables de un enorme valor. Entre otras maravillas, guarda una copia de la *Biblia* de Gutenberg del año 1455, o el fragmento de 'San Juan', la pieza más antigua que se conoce del *Nuevo Testamento*, o una edición de 1476 de los *Cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer.

Es un lugar encantado. Especialmente la sala central, presidida por dos grandes vidrieras, estanterías cubiertas de viejos libros encuadernados en piel de colores oscuros, verdes, azules, granates, ocres. Lo mejor es que puedes sentarte en una de sus mesas y detener el tiempo leyendo, o sencillamente haciendo del silencio en ese lugar un momento conmovedor, casi sagrado.

Salí de allí feliz, sabiendo que volveré con algún libro, con algún cuaderno. A leer, a escribir o estar sin otro afán que respirar ese olor a madera centenaria, a libros antiguos. Me detendré, lo sé, a escuchar el suave repiqueteo de los pasos de los visitantes que al entrar enlentecen como si de un templo se tratara.

En resumen, fui allí para visitar a una persona, no esperaba nada de esa urbe y, cuando el avión despegaba, supe que volvería con otro espíritu, con otra memoria y con unas ganas inmensas de callejear. Hasta pronto, querida Manchester.